



VI

EN JERUSALÉN

**L**A mansión ofrecida por Pilato era un palacio magnífico, pero á pesar de los surtidores y de la sombra de los árboles, el calor en el atrio era sofocante. Los mármoles parecían abrasados por aquel sol de primavera.

Cinna vió en el jardín, no lejos del palacio, un viejo sicomoro que extendía á gran distancia su sombra. El sitio era descubier- to y aireado, y en él mandó colocasen la li- tera de Anthea, adornada con jacintos y flores de manzano. Y sentándose junto á

ella, le preguntaba tomándole las manos, de palidez alabastrina:

—¿Te sientes bien, querida mía?

—Sí, contestó Anthea con voz apenas perceptible.

Y cerró los ojos como vencida por el sueño.

Reinó profundo silencio. La brisa agitaba las ramas haciendo un ruido tan suave como el crujir de la seda; los rayos del sol atravesando el follaje, dibujaban en el suelo caprichosas manchas rojizas; entre las piedras cantaban los grillos.

Abriendo los ojos la enferma, preguntó:

—Cayo, ¿es cierto que en este país ha aparecido un filósofo que devuelvé la salud á los enfermos?

—Llámanle el profeta, respondió Cinna. He oído hablar de él, y quería traértelo; pero al parecer es sólo un impostor. Blasfema y predica contra las creencias del país, y por esta causa el procónsul le ha entregado á los verdugos: hoy mismo debe ser crucificado.

Anthea inclinó la cabeza.

—El tiempo te curará, prosiguió Cinna viendo retratada la tristeza en el semblante de la que tanto amaba.

—El tiempo... está al servicio de la muerte y no al de la vida, replicó Anthea lentamente.

De nuevo reinó el silencio: los rayos del sol reflejábanse en el suelo; cantaban los grillos cada vez más fuerte, y de las hendiduras de las piedras salían las lagartijas sedientas de sol.

Cinna tenía los ojos fijos en Anthea, y por milésima vez cruzó por su mente la desgarradora idea de que estaban agotados todos los remedios... que era vana toda esperanza... y que en breve no quedaría de aquel ser adorado más que una impalpable sombra, un puñado de ceniza en una urna del columbario de familia.

Cerrados los ojos, y recostada en la litera cubierta de flores, Anthea parecía muerta.

—¡Yo te seguiré! pensaba Cinna.

Oyóse el ruido de pasos lejanos.

La palidez de Anthea aumentaba: su boca entreabierta aspiraba el aire con dificultad. La infeliz mártir creyó oír los precipitados pasos del cortejo de seres invisibles precediendo al espectro de ojos de brillantes. Pero Cinna le tomó la mano y procuró tranquilizarla.

—No temas, Anthea mía. También oigo estos pasos.

Y añadió:

—Es Poncio Pilato que viene á visitarnos.

Y apareció el procónsul á la vuelta del sendero, escoltado por dos esclavos.

Era un hombre de mediana edad, de ros-

tro lleno y lampiño. Su frente reflejaba, á la vez que gravedad ficticia, inquietud y fatiga.

—¡Salud á ti, noble Cinna; y á ti, Anthea divina! dijo al llegar á la sombra del sicomoro. Fresca ha sido la noche, y cálido es el día: ¡que á entrambos os sea propicio! ¡que la salud de Anthea vuelva á ser floreciente como estos jacintos, como las flores de manzano que adornan su litera!

—¡Salud, noble Pilato! seas bienvenido, repuso Cinna.

Sentóse el procónsul en un banco de piedra, y al contemplar á Anthea frunció el ceño y dijo:

—La soledad y el fastidio engendran la tristeza y la enfermedad. Entre la multitud desaparecerá el temor. Seguid mi consejo. Aquí, por desgracia, no estamos en Antioquía ni en Cesarea. No tenemos juegos ni carreras, y si levantásemos un circo, estos fanáticos lo destruirían al día siguiente. La única palabra que oímos es: ¡la ley! ¡la ley! Y todo le molesta á esta ley. ¡Cuánto preferiera hallarme en el país de los escitas!

—¿Qué quieres decir, Pilato?

—Es verdad... ¿qué digo? ¡Ah! ¡los temores, la inquietud!... Confundidos entre la muchedumbre no pesarian sobre vosotros el temor ni el fastidio. Hoy precisamente podéis asistir á un curioso espectáculo. En Je-

rusalén precisa contentarse con poco... Cuidad, pues, que Anthea se encuentre este mediodía entre la multitud. Hoy tres hombres morirán clavados en cruz, y más vale ver algo que nada. En la ciudad podréis ver también millares de peregrinos, que de todo el país han afluido á Jerusalén para celebrar las fiestas de Pascua. Cómodamente podréis contemplar á este extraño pueblo. Dispondré que os acompañen á un lugar excelente, cerca de las cruces. Espero que los ajusticiados darán pruebas de valor. Uno de ellos es un personaje singular: se titula Hijo de Dios, es manso como una paloma, y en realidad no merece la muerte.

—¿Cómo, pues, le condenaste á ser crucificado?

—En primer lugar para salirme del atolladero y luego para que no cayera sobre mí el insensato furor de ese nido de avispa que se guarecen en el Templo. Ya los sacerdotes se quejan de mí á Roma. Y luego la víctima no es ciudadano romano.

—¿No es ciudadano romano? ¿Acaso por eso serán menores sus sufrimientos? repuso Anthea.

El procónsul calló; luego en voz muy baja, cual si hablara consigo mismo, prosiguió:

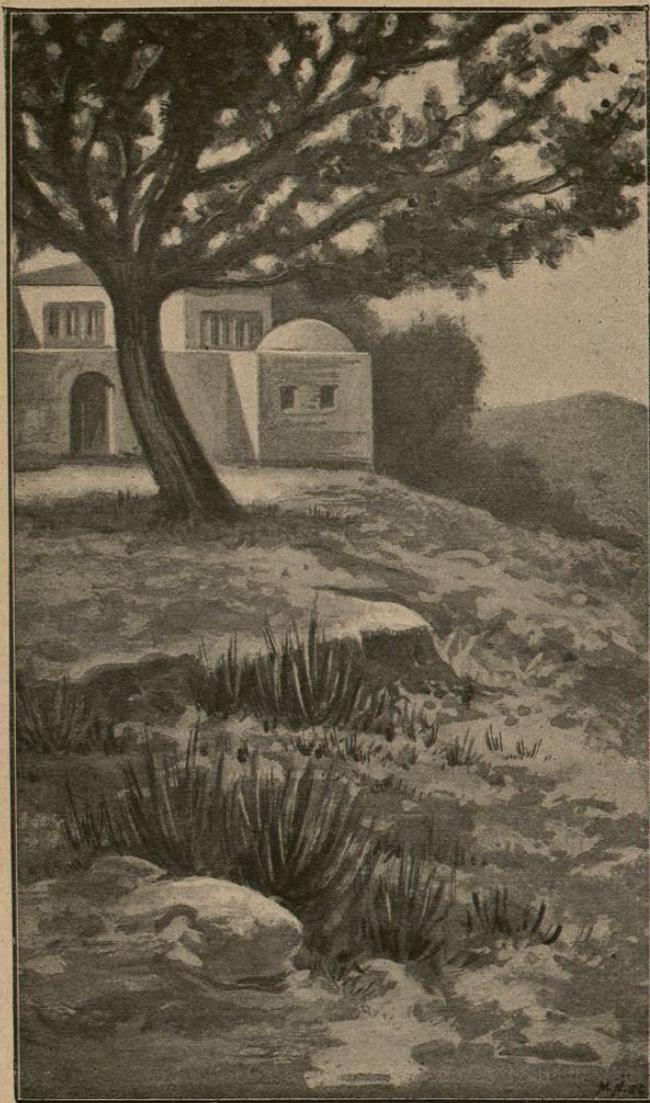
—Entre todas las cosas la que más odio es la exageración. Me basta oírla nombrar para sufrir todo el día... La moderación, el

justo medio... ello es lo prudente, lo sabio... ¡Creo que en toda la tierra no existe pueblo que lo practique menos que éste!... ¡Y me fastidia! ¡y me desespera! Siempre luchando sin que me brinden una hora de calma ni los hombres ni la naturaleza. ¿No la veis? es primavera, y las noches son frías y los días tan ardientes que las piedras os queman los piés. Faltan largas horas para llegar al mediodía y el aire es cálido, asfixiante...

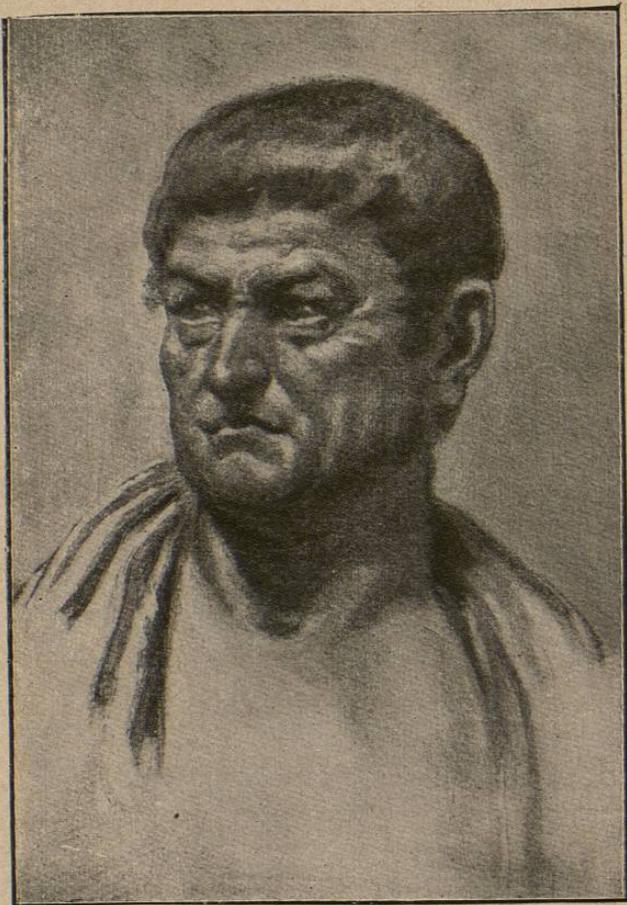
¿Y los hombres? mejor será que no hablemos de los hombres... Antes que en Jerusalén preferiría vivir... En fin... reanudemos nuestra primera conversación... Id á presenciá la ejecución. Estoy convencido de que este Nazareno morirá heroicamente... Le mandé azotar esperando salvarle de la muerte... ¡porque, creedme, no soy cruel!

Recibió los azotes paciente como cordero y bendiciendo á la humanidad. ¡Al sentir que de las heridas manaba sangre levantó los ojos al cielo... oraba!!!

¡Es el más extraordinario, el más admirable de cuantos hombres he conocido!... Desde que le azotaron mi mujer me importuna repitiendo: «No es posible que permitas la muerte de ese Justo.» ¡Yo! ¿y qué anhelo sino salvarle? Dos veces abandoné el Pretorio: dos veces hablé á esos sacerdotes feroces, á esa turba miserable... A una voz, desenchajado el rostro, aullando cual energú-



Casa en los alrededores de Jerusalén.



PONCIO PILATO

menos, sólo han sabido contestar: «¡Crucifícale!»

—¿Y cediste? preguntó Cinna con energía.

—De no ceder en Jerusalén estalla espantosa revuelta... y yo estoy aquí para mantener el orden. ¡El deber ante todo!... No amo las exageraciones; tampoco amo á la muerte... Pero cuando he tomado una resolución, no titubeo en sacrificar la vida de un hombre en pro del bien público... y más aún si el tal hombre es un desconocido de quien nadie vendrá á pedirme cuentas... No es ciudadano romano... peor para él.

—¿Crees acaso que sólo para Roma nace el sol? murmuró Anthea.

—Divina, le contestó el procónsul, podría responderte que en toda la tierra el sol al brillar sólo encuentra romanos; que él es la aureola del poder romano, y que es deber sacrificarlo todo á la felicidad de Roma... ¡Las revueltas debilitan nuestra autoridad!... Permítame te ruegue no me obligues á revocar la sentencia. Cinna te dirá que es imposible, y que el Emperador es el único que tiene poder para tanto... Yo, aunque quisiera, no podría... ¿Verdad, Cayo?

—Es verdad.

Tales palabras causaron en Anthea visible tristeza, que reflejóse en su rostro, y la obligó á murmurar:

—¡Entonces un inocente puede ser torturado y muerto!

—En el mundo no hay inocentes, contestó Pilatos. Este Nazareno no ha cometido el menor delito... bueno; yo, como procónsul, me lavé las manos. Pero como filósofo condeno su doctrina. Hablé con El y me convencí de que enseña cosas extraordinarias, inauditas.

Afirma que el mundo existe por la sabiduría y la moderación... Claro que ni yo ni nadie se atreverá á negar que la virtud es útil... Los estoicos que enseñan á recibir con indiferencia las adversidades, no exigen como El la renuncia de todo, desde las riquezas hasta la comida cotidiana... ¡Pedir tanto es demasiado!

Dime, Cinna, tú que eres sabio, ¿qué dirías de mí si un día sin motivo alguno regalara este palacio, que hoy habitáis, á los vagamundos harapientos que se calientan al sol cabe á la puerta de Job?...

Esto ó algo parecido es lo que el Nazareno exige á sus discípulos.

Enseña también que los hombres todos debemos amarnos como hermanos; judíos y romanos, romanos y egipcios, egipcios y africanos... todos... En fin, que al oír tal disparate me cansé de prestarle atención.

En presencia del tribunal, en aquellos instantes decisivos que eran para El de vida ó

muerte, su actitud era digna, noble; dijérase que no le juzgaban: ¡enseñaba y oraba! ¿Cómo podía salvar á quien al parecer no le preocupaba salvarse?

Cuanto enseña lo practica...

Se proclama Hijo de Dios. Destruye los fundamentos sobre que descansa nuestra sociedad. ¡Poco se lo agradecerán los hombres!

Yo, como hombre, protesto de su doctrina. Aun suponiendo que no tenga fe alguna en los dioses, asunto este que sólo á mí me incumbe, admito la necesidad de una religión. Y la defiendo públicamente, porque opino que la religión es para los hombres el freno más excelente... Los caballos deben atarse al carro y precisa atarlos bien... Además la muerte debe asustarle poco al Nazareno, porque afirma que resucitará.

Cinna y Anthea se miraron sorprendidos.

—¿Resucitará?

—Dentro tres días, ¡ni más ni menos! Así lo enseñan sus discípulos. Se me olvidó preguntárselo... Pero vamos, poco importa, pues la muerte desata las promesas... Y aun cuando no resucite nada perderá porque, según su doctrina, la verdadera felicidad y la vida verdadera empiezan después de la muerte... Lo afirma con entereza y convicción, como hombre que tiene la certeza absoluta de que cuanto anuncia se cumplirá... En su reino brilla una luz más pura,

más hermosa que la luz del sol; y dice que cuanto más padeciereis en la tierra tanto mayor será vuestra dicha allá, al lado opuesto. ¡Basta amar, amar mucho, amar siempre!

—Extraña doctrina; dijo Anthea.

—¿Y el populacho gritaba: ¡Crucifícale!? preguntó Cinna.

—A mí no me sorprende, contestó Pilato... el alma de este pueblo es el odio... y el odio pide siempre víctimas de amor.

Anthea pasóse por la frente su mano diáfana y preguntó:

—¿Entonces este Nazareno tiene la convicción de que después de muerto se vive y se puede ser feliz?

—Sí, y en consecuencia no teme ni la cruz ni la muerte.

—¡Cinna, que fe tan hermosa!

Y tras un momento de silencio preguntó:

—¿Cómo sabe todo esto ese Justo?

—Pretende saberlo del Padre de todos los hombres. Este Dios es para los judíos lo que Júpiter para nosotros, pero el Nazareno enseña que es á la vez Uno y Trino... y que es misericordioso.

—¡Qué hermoso, Cayo! repetía la enferma.

Cinna entreabrió los labios cual si fuera á contestar... pero siguió en silencio.

Y la conversación quedó interrumpida. Pilato recordando, sin duda, la doctrina

del Nazareno, sacudía la cabeza y levantaba los hombros.

Momentos después levantóse y se despidió de Cinna y Anthea diciéndoles:

—Hasta luego.

Entonces Anthea abandona su litera y exclama:

—¡Cinna, yo quiero ver á este Nazareno!

—Apresuraos, dice Pilatos retirándose, pues el cortejo va á salir.

